

# Negligencia

L. SILLENS

“Nadie, sin hacer el ridículo, puede decidir consagrarse a su obra, y aún menos salvarse por ella. La obra exige bastante más: que uno no se preocupe de ella, que no se la busque como un fin, que se tenga con ella la relación más profunda de la despreocupación y de la negligencia”, dice Maurice Blanchot, en un escrito llamado ‘La cuestión literaria’, contenido en el volumen *Le livre à venir*. Despreocupación y negligencia, se atreve a afirmar, como aquello que caracteriza la relación profunda con la obra. Lo decisivo para él no es la obra en sí, la obra como fin, como resultado o, mucho menos, como producto, sino la propia relación con ella. Hay que pensar que sin esa despreocupación y esa negligencia esta relación no sería posible, en el sentido de que sin la despreocupación y la negligencia sería imposible el desvinculamiento de aquello que le es ajeno a la obra y que, se puede decir, la contamina y la desvirtúa, desvinculamiento sin el cual no sería posible esa profunda relación.

Lo que contamina y desvirtúa una obra artística o literaria es lo mismo que contamina al que se relaciona con ella, o bien, lo mismo que contamina el pensamiento o el devenir existencial desde el que se salta al terreno de juego de la obra, es decir, la presencia, y a través de ella la influencia, de lo exterior. Una influencia que se puede producir hacia fuera, a través de la perspectiva de la repercusión que la obra puede tener; o bien hacia dentro, a través de la capacidad de lo exterior para modificar la obra, que puede llegar a condicionarla decisivamente. Cuando la influencia de lo exterior actúa sobre la obra, ésta deja de estar protegida por la despreocupación y la negligencia y pasa a estar invadida por factores que, digamos, la perturban, y que tienen que ver con elementos típicamente externos.

De acuerdo con esto, la negligencia estaría unida, ante todo, a la indiferencia, la mayor indiferencia posible, en el corazón de una intensa aventura. La obra puede ser

lo más importante del mundo, literalmente lo más importante del mundo, sólo que lo más importante del mundo requiere al mismo tiempo que no se le conceda ninguna importancia. Se puede decir que si no se le concede ninguna importancia lo más importante del mundo no puede ser importante. La obra se hace verdaderamente importante en sí misma y por sí misma, y esto sólo ocurre donde más claramente se percibe su falta de importancia.

“¿Nos podemos contentar con creer que la pasión taciturna, obstinada y machacona que ordena a Cézanne morir con el pincel en la mano y no perder el día en enterrar a su madre, no tenga otra fuente que el deseo de expresarse?”, se pregunta Blanchot. No, claro que no. La simple necesidad de expresión no lleva a una persona a esos extremos. El extraño comportamiento de Cézanne, altamente reprochable desde el punto de vista del mundo normal, muestra claramente hasta qué punto aquello de lo que estamos hablando puede arrastrar a alguien fuera de los cauces de lo habitual. Y a hacerlo, arrastrarlo fuera de los cauces de lo habitual, aun dentro de lo que tiende a salirse de los cauces de lo habitual; es decir, que el comportamiento de Cézanne no es simplemente algo que se salga de lo habitual, sino que está en relación con algo que se sale de lo habitual dentro de lo que se sale de lo habitual. Lo que está en juego para Cézanne, desde luego, no es nada a lo que la gente que ha cumplido con la obligación con la que él, el más obligado a hacerlo, no ha cumplido, y que probablemente no deja de hacer ciertos comentarios poniendo a Cézanne en el lugar que le corresponde, le merezca ninguna importancia, mientras que para alguien que se ha abstraído del plano en que se producen esos comentarios hasta el punto que lo ha hecho Cézanne, se trata de algo respecto a lo cual cualquier motivo que acarree la pérdida de un día de trabajo, aunque este motivo sea sagrado, se convierte en algo secundario.

El ejemplo de Cézanne es



Frank Auerbach: *Cabeza de Leon Kossoff*.

un caso extremo de la relación de un artista con su obra, que posiblemente a Blanchot le parecía perfectamente coherente y natural, considerado desde la especial perspectiva de esa relación. Para Blanchot, lo fundamental en ésta es el nivel de impersonalidad en que tiene lugar. Lo personal es algo que queda completamente desterrado. La obra atrae, exige. Y para estar a la altura de sus exigencias y en condiciones de cumplirlas hay que alcanzar un alto grado de olvido respecto a las exigencias de lo personal, que están en relación, no con la obra, sino el mundo, con el plano en que la obra recibe la influencia de lo exterior.

Hay otra forma de entender esta negligencia, menos intelectual y más, digamos, terapéutica. De acuerdo con ella, la despreocupación y la negligencia hacia la obra se producen de un modo en que la obra no es distinta de cualquier otra cosa. Todo es objeto de la despreocupación y de la negligencia, incluida, por supuesto, la obra, que no es, por lo tanto, ni más ni menos importante (es decir, nada en absoluto) que lo que es ajeno a ella. Lo verdaderamente importante, aquí, se debate en un terreno que está mucho antes que la obra y que es previo al propio recurso de la escritura, en un nivel en que la prestigiosa atracción de la obra se con-

vierte en algo que, en efecto, no tiene literal y absolutamente ninguna importancia. Desde esta perspectiva, el comportamiento de Cézanne no tiene nada de escandaloso, aunque quizá sí algo de absurdo, ya que lo que viene a mostrar es cómo algo que sólo tiene una tremenda importancia dentro de una escala de valores puramente convencional viene a ser sustituido por otra cosa a la que, aunque sea dentro de una escala de valores completa-

en cualquier faceta de la vida que se pretenda sustraer a la simplicidad), lo es y no lo es al mismo tiempo. La obra necesita la negligencia de aquel que se relaciona con ella, la más desdeñosa negligencia, que desde el punto de vista de Blanchot quizá se parecía bastante a la que un amante puede tener en un momento dado hacia la mujer a la que ama. Un desprecio en cuyo reverso hay una atención extrema y una devoción ilimitada.

mente ajena a la anterior, no deja de concedérsese, asimismo, una tremenda importancia.

Sea como sea, tanto de un modo como de otro, la negligencia a la que aquí se está aludiendo no es una simple negligencia. Como sucede siempre que el escritor francés está de por medio (y como siempre sucede, por otra parte,

**VINOS Y VINAGRES**

**VINAGRES DE VINO, DE ALCOHOL,  
DE SIDRA, DE JEREZ  
ESPECIALIDADES ADEREZANTES**

C/ Cervera, 16 - 13700 TOMELLOSO  
Tel.: 926 51 13 89 - Tel./Fax: 926 51 05 23  
email: empe@manchanet.es